

Homenaje a Margarita Salas

5 de noviembre de 2021

Soledad Puértolas

## Complicidad

Esta es la palabra que me viene a la cabeza cuando me dispongo a escribir estas líneas. Complicidad. Eso fue lo que Margarita Salas representó para mí desde el primer momento de nuestro encuentro en la sede de la RAE hasta sus últimos días, cuando las últimas conversaciones que habíamos tenido habían sido por vía telefónica.

En los plenos de la RAE, Margarita Salas era perfectamente visible para mí. Estábamos la una enfrente de la otra, un poco en diagonal. Hay académicos a quienes, dada la forma de la mesa, no les puedes ver la cara. A algunos les ves de lejos, o de refilón. A Margarita Salas la veía perfectamente. Fue ese azar el que permitió que se desarrollara, en silencio, a cierta distancia, nuestra complicidad. En momentos en que, por diversos motivos, se percibía cierta tensión en la sala, o se presentía una colisión entre las diferentes corrientes de opinión sobre uno u otro asunto, mis ojos, de forma instintiva, se dirigían hacia los de Margarita Salas. Eran como un espejo para mí. Tenía la impresión de que veía lo que veía yo, de que escuchaba lo que escuchaba yo, de que nuestras opiniones confluían.

Esas primeras impresiones pudieron ser corroboradas muy pronto, porque, a la hora de la merienda -ese rato de esparcimiento que, entre el trabajo de las comisiones para los trabajos del diccionario y el pleno, donde se debaten asuntos de dirección y de fondo, tienen lugar en la que se conoce como “sala de pastas”- Margarita Salas y yo empezamos a trabar nuestra amistad. Empezamos a hablar, a expresar en palabras la complicidad

presentada. No siempre sucede y no siempre podemos pedirlo a vida, pero la sensación de compartir puntos de vista, gustos, incluso sentimientos, es un auténtico regalo. Para Margarita Salas, la amistad era algo valioso, la cuidaba, sabía transmitir la sensación de estar ahí, de ofrecer ese entendimiento íntimo que no suele ser moneda común. Lo hacía sin ninguna ostentación, sin el menor aspaviento, sin ruido. Pero estaba ahí, conseguía que lo notaras cuando las circunstancias imponían el silencio. Y te lo decía con sencillez, sin envoltura alguna, cuando llegaba la hora de la conversación y de las confidencias. Ratos de conversación a la hora de la merienda, en la RAE, ratos de confidencias en encuentros más personales, una comida, una cena - incluso, excepcionalmente para Margarita, tomando un gintónico, en recuerdo de José Luis Borau-, ratos de conversaciones telefónicas, algunas veces, estando Margarita ingresada en el hospital.

A Margarita Salas le gustaba la vida, le gustaba lo que hacía, le gustaban las personas con quienes compartía su tiempo. Era extraordinariamente activa, pero eso no le impedía, ser, a la vez, muy reflexiva. En las numerosas entrevistas que le hicieron, más de una vez le preguntaron qué era lo que la atraía de la RAE, qué hacía, en definitiva, una científica en una institución dedicada al estudio de la lengua. Yo misma, en una entrevista pública organizada por la Fundación March, se lo pregunté, porque así lo habíamos convenido previamente, conscientes de que era algo que llamaba la atención, ya que son muchas las personas que creen que la vida se desarrolla en compartimientos separados.

Margarita Salas respondió sucintamente a la pregunta. Dijo que le gustaba trabajar y que, sobre todo, le gustaba que la forma en que la RAE llevaba a cabo su tarea. La gran tarea de la RAE, como saben, es el diccionario, que se está revisando y rehaciendo continuamente. No coincidí con Margarita Salas en las comisiones de trabajo. Ella era miembro de la comisión de vocabulario científico y técnico y, por aquel entonces, yo estaba en una de las comisiones de cultura, pero muchas veces me hablaba de

algunas de las palabras que se habían debatido en su comisión, tal como yo le hablaba de las que se habían estudiado en la mía. En aquel intercambio de pareceres podíamos pasarnos un buen rato. A las dos nos gustaban las palabras. La búsqueda de la definición más apropiada para una palabra era para Margarita Salas un asunto apasionante, de vital importancia.

La lengua tiene entrada libre en todos los compartimientos de la vida. Poder expresar con palabras los procesos de la mente y del corazón es su vocación, su meta. La vocación científica de Margarita Salas no excluía, ni mucho menos, su entrega al estudio de la lengua. Margarita era extraordinariamente consciente de la necesidad de incluir cotidiano en el lenguaje aquellas palabras y expresiones que se acuñan en los diferentes campos de la ciencia y que los hablantes popularizan, llevados por el interés que suscitan en toda persona los adelantos de la ciencia y de la técnica. El mundo actual resulta inconcebible sin la referencia constante a estos adelantos. Más de una vez le oí decir que había observado la aparición de las nuevas palabras con sumo cuidado, darles un tiempo, considerar los territorios donde se van asentando, valorar, en fin, el campo de aplicación del vocablo o la expresión y tratar de definir con la máxima precisión lo que queremos significar con ellos.

Precisión, sí, pero también humildad, cautela, estar siempre un poco a la espera, porque el lenguaje nunca va por delante de la vida y la vida tiene muchos titubeos y tropiezos. Más aún en los campos de la ciencia y de la técnica, siempre abiertos, siempre en continua evolución.

No puedo dejar de pensar en lo mucho que Margarita Salas hubiera podido aportar en estos tiempos del coronavirus. Nos dejó unos meses antes de que la pandemia estallara. Ciertamente, se evitó ese sufrimiento, la soledad a la que la nueva e insólita situación nos confinaba, pero nos queda la nostalgia de sus comentarios sabios y de sus pertinentes observaciones. Cuando, no de forma presencial, sino acudiendo al zoom - palabra que, con el sentido de comunicación a través de la pantalla del ordenador, entró

repentinamente en nuestras vidas vida-, se reanudaron, al cabo de unos meses del estallido, las sesiones de la RAE, una de las primeras cuestiones que se abordaron fue esa: la incorporación de las nuevas palabras - coronavirus, confinamiento, escalada, desescalada, COVID-19, zoom, entre las más populares- al vocabulario. Más que nunca, pensé en Margarita Salas, en su mirada amplia y juiciosa. Nos faltaron sus apreciaciones. Pero podemos remitirnos a su ejemplo, a ese juicio y sereno que era parte de su personalidad y que daba a cuanto decía un tono de sosiego, de humildad y de firmeza. ¡Qué tres virtudes tan difíciles de conjugar!

A lo largo del último encuentro de la Fundación del Español Urgente de la RAE y la Fundación San Millán de la Cogolla, en el pasado mes de octubre, y que ha girado alrededor de los bulos científicos y del lenguaje de la ciencia, he vuelto a echar de menos, más que nunca, las intervenciones de Margarita Salas. La relación de la ciencia con la sociedad se ha hecho muy evidente en estos últimos tiempos. Desde la RAE, necesitamos desarrollar una sensibilidad especial para captar las necesidades de la lengua y estar muy atentos a la forma en que la ciencia, a través de palabras y expresiones, va calando en nuestras vidas, en nuestro lenguaje. La sabiduría que, a lo largo de los años, fue desplegando Margarita Salas con sus sensatas y siempre precisas observaciones, es, sin duda, la referencia fundamental para abordar estas cuestiones.

Permítanme finalizar esta breve intervención con un detalle más festivo y también más íntimo. Mientras preparaba la entrevista con Margarita que tuvo lugar en la Fundación March, una vez que las preguntas sobre la ciencia, y también sobre la lengua, ya estaban redactadas, se me ocurrió que lo de verdad quería saber era cómo se desarrollaban para ella los domingos, los fines de semana. En ese aspecto de la vida, que no suele abordarse en una entrevista, se reflejan los rasgos de la personalidad que a mí, quizá por mi naturaleza de novelista, más me interesan. En las novelas, no suele describirse con detalle en qué consiste el trabajo que ocupa la mayor parte del

tiempo del protagonista, sino, precisamente, qué hace cuando no está trabajando, qué hace y qué piensa, qué habla con los demás, ya sea por los pasillos de la oficina o en su casa. Ese tiempo nos define tanto o más como el otro. Es el tiempo en el que centran su atención los novelistas.

No podía lanzar esa pregunta sin más ni más, de forma que le pedí a Margarita permiso para hacerla. ¿Qué hace Margarita Salas los domingos? La respuesta vino envuelta en un tono de amable sinceridad, de pequeña confesión: Margarita Salas, los domingos por la tarde, salía a merendar con sus amigas. Y sí, algunas veces tomaban tortitas con nata.

Imagínense una de esas cafeterías americanas que han ido desapareciendo de nuestras ciudades y que, hace cincuenta años, conocieron una época de esplendor. Grandes, luminosas, decoradas en colores claros. Siempre hay una mesa ocupada por un grupo de señoras. El camarero va dejando sobre la mesa las tazas de café o de té, los platos con las tortitas con nata. Las señoras hablan, se ríen, están ahí como en su casa.

Si me hubiera fijado bien al entrar en la cafetería, la habría reconocido. Pero nunca entré -o nunca supe que entré- en esa cafetería. Es ahora cuando veo a Margarita Salas allí, sentada a la mesa con sus amigas. Un domingo por la tarde. Tiempo para la amistad. La mirada benigna y los ademanes suaves de Margarita llegaban también hasta allí. No estaban reclusos en el laboratorio, ni en la Academia, ni en su propia casa. Abarcaban las tardes de domingo, tardes de cafeterías, de amistad, del dulce ritmo de las horas.

Gracias por todo, Margarita.

S.P.